

## **DISCURSO DEL SECRETARIO DE RELACIONES EXTERIORES, BERNARDO SEPÚLVEDA AMOR, ANTE LA CONFERENCIA INTERNACIONAL SOBRE LA RELACIÓN ENTRE DESARME Y DESARROLLO**

Señor presidente:

En nombre del gobierno de México, me es grato felicitarlo por su elección como presidente de esta Conferencia. Ello es claro testimonio del reconocimiento de nuestras delegaciones a su compromiso en favor de la paz y el desarme. Su experiencia contribuirá significativamente al éxito de los trabajos. En todo momento, conta-

rá usted con el apoyo de la delegación de México para el mejor éxito de su labor.

La conferencia que hoy se inicia examinará cuestiones centrales del escenario internacional, buscando soluciones a los grandes problemas contemporáneos. Arma-  
mentismo y desarrollo económico y social representan un desafío de carácter universal. Cualquier decisión sobre los mismos deberá tomar en cuenta los intereses de la

comunidad de Estados en su conjunto y no solamente las decisiones unilaterales de un número restringido de países.

Señor presidente:

Existe un estrecho vínculo entre desarme y desarrollo. El verdadero camino hacia la paz no se finca exclusivamente en el control y la eliminación de los medios para hacer la guerra, sino en la erradicación de las causas que generan las crisis y la tensión en el ámbito internacional. Reconocer que la paz es algo más que la ausencia de la guerra nos alienta a esperar una vida más digna para las presentes y futuras generaciones.

En San Francisco, los autores de la Carta de la ONU definieron la responsabilidad de la Organización en materia de desarme. Los Estados miembros se comprometieron a observar estrictamente los propósitos y principios de las Naciones Unidas a fin de mantener la paz y la seguridad internacionales. Es oportuno recordar además que, considerando que dicho objetivo debía ser alcanzado "*con la menor desviación posible de los recursos humanos y económicos del mundo hacia los armamentos*", Los Estados fundadores confirieron al Consejo de Seguridad y a la Asamblea General facultades específicas relacionadas con el desarme y con la regulación de los armamentos.

Igualmente se precisó en San Francisco que, para la organización, constituía objetivo fundamental la cooperación entre los Estados para la solución de los más importantes problemas económicos, sociales, culturales o humanitarios. El progreso social y la elevación de las condiciones de vida fue preocupación básica de las naciones en la posguerra, junto con la necesidad de preservar a las futuras generaciones del terror bélico.

Un poderoso argumento para vincular desarme y desarrollo, desde el inicio de las Naciones Unidas, fue el contraste abrumador entre los gastos militares y la insatisfacción de las necesidades económicas y sociales de amplios sectores de la población mundial. Numerosos Estados miembros, con diferente orientación política y ubicación geográfica. Han elaborado valiosas propuestas que parten del supuesto irrefutable de la mencionada relación.

Desafortunadamente, la militarización de las economías define en buena medida los procesos sociales de la segunda mitad del Siglo XX. En virtud del elevado nivel de recursos humanos, materiales y financieros que absorbe el armamentismo. Se trata no sólo de las distorsiones que supone apuntalar, con injustificada exageración, la seguridad de los Estados ya de suyo militarmente poderosos, tanto a nivel nuclear como convencional, sino también de la exportación de armas como componente altamente rentable del comercio internacional.

Durante la presente década, el gasto militar alcanzó un crecimiento anual de 3.5%, superior al aumento del producto interno bruto a nivel mundial. Esta tendencia ascendente ha coincidido con la más profunda crisis

económica internacional de la época moderna. Hoy nadie discute los profundos desajustes estructurales que se generan en una economía militarizada y que repercuten, a la larga, en la viabilidad de los proyectos de desarrollo.

La red de intereses creada por la industria armamentista es tan poderosa y tiene tantas ramificaciones que ha encontrado terreno fértil inclusive en el mundo en desarrollo. La transferencia de armamentos, favorecida por las tensiones Este-Oeste y por los conflictos regionales, drena recursos indispensables para el bienestar social, a la vez que sirve a los intereses políticos y comerciales de los países productores de armamentos. Debe notarse, en particular, el hecho de que las potencias nucleares sean los principales exportadores de armamentos, a pesar de tener la más alta responsabilidad de preservar la paz en su carácter de miembros permanentes del Consejo de Seguridad de nuestra Organización.

En el presente siglo han tenido lugar más de 200 conflictos regionales con armamento convencional. No podemos olvidar que, desde 1945, el mundo en desarrollo ha sido escenario principal de múltiples confrontaciones bélicas. Las guerras que se han librado en estas regiones han servido frecuentemente a intereses ajenos.

La proliferación de conflictos reales y potenciales ha convertido a muchos países no industrializados en auténticos rehenes del mercado de armamentos. Con frecuencia se destinan recursos significativos a la adquisición de armas cuya tecnología rebasa las necesidades de la economía doméstica. No debe sorprender que sean las zonas más álgidas de conflicto en el mundo en desarrollo, como es el caso del Medio Oriente, las que absorban una proporción considerable de las importaciones mundiales de armamentos. El crecimiento de la deuda externa global no es ajeno a este fenómeno. Diversos estudios han demostrado que entre 1975 y 1985 las importaciones de armas de los países en vías de desarrollo representaron el 40% del aumento de su deuda externa durante ese periodo.

Es dramático observar cómo, salvo excepciones, la abrumadora mayoría de los miembros de la comunidad de naciones invierte más del 1% de su producto interno bruto en gastos militares. En diversas regiones del mundo en desarrollo, que carecen de los satisfactores más elementales y en las cuales la muerte por hambre e insalubridad amenaza a millones de individuos, esta cifra adquiere proporciones verdaderamente dramáticas e intolerables para la dignidad humana.

Señor presidente:

A pesar de la voluntad manifiesta de todos los pueblos, y de los esfuerzos intelectuales y materiales de muchos hombres, no ha sido posible detener la acumulación de arsenales que amenazan la seguridad y la vida en el planeta. Algunos pretenden convencernos de que la super-

vivencia está mejor protegida mientras mayor sea la capacidad de destruir a potenciales enemigos.

Este argumento falaz va en sentido contrario a la inteligencia humana y también se contrapone a la inteligencia misma de la naturaleza. No es nada honroso para el talento humano, apuntaba hace un año el ilustre escritor Gabriel García Márquez, que en la edad de oro de la ciencia se haya concebido el modo de que un proceso multimilenario tan admirable como ha sido la evolución de la vida en el planeta, pueda regresar a la nada de donde vino por el arte simple de oprimir un botón.

La amenaza del estallido nuclear es razón suficiente para trabajar por un futuro libre de armas nucleares. La carrera armamentista ha originado ya consecuencias graves para todas las naciones e individuos. La doctrina de la disuasión nuclear, contrariamente a lo que postula, genera tensiones que se han traducido en conflictos regionales o, en el mejor de los casos, en dispendios para prevenir guerras futuras. Prepararse para la guerra no es una forma de evitarla, sino, al contrario, de convocarla.

Es paradójico que las naciones que más sufrieron las consecuencias de un régimen internacional de supuesto equilibrio militar, postulen ahora las virtudes de la disuasión por el terror. El Congreso de Viena en el siglo pasado es causa remota de las dos conflagraciones de la presente centuria. Repetir tal error tendría la sola ventaja de ser la última vez que el hombre busque implantar la estabilidad mediante la amenaza atómica. No habría nuevas oportunidades.

El afán de una paridad estratégica, global o regional, nuclear o convencional, sólo puede desembocar en conflictos potenciales y, quizá, en la guerra. En su nombre se han puesto en tela de juicio los acuerdos bilaterales y multilaterales que con tanta dificultad se concertaron durante las últimas décadas. Es ilusorio creer que avanzamos hacia una mayor seguridad en la medida en que descartamos los anteriores logros, por limitados que sean.

Rasgo característico del decenio de los ochenta es la ausencia de avances importantes en materia de control de armamentos y desarme. Por primera vez desde el inicio de la era atómica los foros internacionales y las negociaciones bilaterales han padecido una notoria incapacidad para producir acuerdos efectivos sobre la materia. Es claro que la falta de una decidida voluntad política ha sido el factor central que explica esta situación.

Tal parálisis cobra ya dimensiones dramáticas. Durante 1987 se invertirán un millón de millones de dólares en producir instrumentos de muerte. En el curso de las tres semanas que durará esta Conferencia se gastará en armas cerca de 60 mil millones de dólares, lo que equivale a poco más de la mitad de la deuda externa acumulada de mi país. La irracionalidad es manifiesta.

En un mundo de recursos finitos, la carrera armamentista significa limitar, o inclusive eliminar, los programas de desarrollo económico y social que beneficiarían a gran parte de la humanidad. La capacidad creativa de

nuestros científicos e intelectuales se canaliza hacia la industria y a los juegos de guerra, en lugar de resolver los problemas más graves que aquejan a la comunidad de naciones. Resulta claro que el armamentismo y el desarrollo no sólo son incompatibles, sino que resultan profundamente contradictorios.

Es así como al derroche económico se añade un inquietante y doloroso despilfarro humano. Decía García Márquez que

la industria de la guerra mantiene en cautiverio al más grande contingente de sabios jamás reunido para empresa alguna en la historia de la humanidad. Gente nuestra, cuyo sitio natural no es allá sino aquí... y cuya liberación es indispensable para que nos ayuden a crear, en el ámbito de la educación y la justicia, lo único que puede salvarnos de la barbarie: una cultura para la paz.

La tarea más urgente de la humanidad de nuestros días, una cultura para la paz, consiste en lograr el desarrollo y el bienestar de la sociedad. Cooperación internacional para vencer el hambre, la insalubridad y el analfabetismo. Desarrollo para asegurar la estabilidad política que todos deseamos. Desarme que garantice la verdadera seguridad de los pueblos y permita reorientar los recursos al desarrollo y a superar los desajustes estructurales de la economía internacional. He aquí algunos de los desafíos más importantes que en este tiempo tiene ante sí la comunidad de Estados.

Señor presidente:

El desarme y el desarrollo han sido prioridades en la acción internacional de México. Mi país es, a la par, frontera con el mundo nuclear y una línea divisoria entre el Norte y el Sur. No debe sorprender entonces su vocación pacifista y su militancia en favor de la cooperación económica y del diálogo Norte-Sur. De ahí que el gobierno del presidente De la Madrid se haya comprometido con diversas iniciativas tendientes a garantizar la paz mundial y a impulsar la cooperación internacional para el desarrollo.

México es de los pocos países que dedican menos del 1% de su producto nacional bruto a gastos militares. Los objetivos prioritarios del gobierno de mi país se encuentran en la búsqueda del bienestar de los mexicanos. Así, por ejemplo, el presupuesto federal destina 17.6% de sus recursos al sector educativo y 13.25% a otras actividades de carácter social. México ha procurado garantizar su seguridad por la vía de la diplomacia y la cooperación; no por la acumulación de onerosos artefactos bélicos.

La parálisis de los foros multilaterales y las dificultades del diálogo entre las dos grandes potencias nucleares, se encuentran en el origen de la iniciativa del Grupo de los Seis líderes de Argentina, Grecia, India, México, Suecia y Tanzania. El objetivo básico de dicha iniciativa

ha sido el de propiciar una atmósfera política internacional que haga posible la concertación de acuerdos entre las potencias nucleares.

La acción de los Seis está orientada por la preocupación legítima de la sociedad internacional para arradicar la amenaza de un estallido nuclear. El desarme compete a todos sin excepción en la medida en que precisamente el porvenir de todos se halla en peligro.

Ciertamente no está en nuestras manos el destino político y militar del planeta, pero la acción de los seis países expresa genuinamente la principal esperanza de nuestro tiempo: vivir en paz, continuar los esfuerzos de creación civilizadora, persistir en el empeño de liberar al hombre y asegurar su bienestar.

Los Seis han insistido en que la pobreza y la inseguridad económica constituyen también una amenaza a la paz y a la seguridad internacionales. En la Declaración de Delhi del 28 de enero de 1985, los mencionados líderes señalaron que:

“Es indispensable encontrar un remedio a la actual situación en la que se gastan anualmente en armas miles de millones de dólares, que representan aproximadamente un millón y medio por minuto. Tal cosa constituye un contraste dramático con la pobreza y con la miseria en que viven dos tercios de la población mundial”.

En su Declaración de México, de agosto de 1986, los seis participantes en la Iniciativa de Paz y Desarme expresaron que la transferencia de recursos de los gastos militares al desarrollo económico y social es una necesidad fundamental de nuestro tiempo. Ahora reiteramos enérgicamente esa tesis.

Como un paso inicial, las negociaciones de Ginebra entre las grandes potencias nucleares deben producir acuerdos que garanticen la seguridad en Europa. La posibilidad, por primera vez, de un compromiso que signifique la reducción de armamentos e inclusive la eliminación total de una cierta categoría de armas, invita a una reflexión profunda sobre las posibilidades de reconversión de los gastos militares.

Señor presidente:

Todo Estado tiene la preocupación legítima de garantizar su seguridad. Sin embargo, debe reconocerse que la seguridad de cada uno radica en la seguridad colectiva. La búsqueda exclusiva de una artificiosa seguridad propia, al margen de otras consideraciones, genera incertidumbre y, en consecuencia, anula los propósitos originales.

México está convencido de que el sistema de seguridad colectiva consagrado en la Carta de las Naciones Unidas, si fuera cabalmente respetado, brindaría las mejores condiciones para una cooperación internacional que hiciera posible, a la vez, el desarme y el desarrollo. La seguridad internacional estará garantizada en la me-

da en que los Estados se comprometan a la solución pacífica y negociada de los conflictos globales y regionales, conforme a las normas del derecho internacional.

No es ocioso reiterar que el incremento de los arsenales nos aleja de la paz y la seguridad. Ésta radica fundamentalmente en el progreso social y en el desarrollo económico. En la medida en que se satisfagan las necesidades básicas se reducirán tensiones y fuentes de fricción.

Centroamérica es dramático ejemplo de una región que, además de vivir el impacto de la crisis económica, ha visto hasta ahora limitada la posibilidad de canalizar sus escasos recursos hacia el desarrollo económico y social.

En Centroamérica se hace evidente la falacia de buscar la seguridad a través del armamentismo y la amenaza de la guerra. En sus orígenes, el conflicto surgió como respuesta a carencias ancestrales que mantenían postada a la región. Desafortunadamente, algunas naciones han destinado parte creciente de sus pocos recursos al gasto bélico. La ayuda extranjera ha favorecido frecuentemente la introducción de nuevas armas sofisticadas y el proceso de militarización. La asistencia militar destinada a la región, que en los últimos siete años se ha incrementado cerca de 20 veces, ha intensificado aún más la tendencia hacia la generación de economías militarizadas.

La actual economía de guerra centroamericana ha hecho que el producto interno bruto *per cápita* haya descendido del 14.5% a la cifra negativa de -18.1% en el breve espacio de un decenio. Por otra parte el gasto militar, como porcentaje del producto nacional bruto ascendió en la primera mitad de la presente década de la siguiente manera: Costa Rica del 0.7 al 0.8; El Salvador del 2.0 al 4.9; Guatemala del 1.7 al 2.9; Honduras del 2.3 al 6.0; y Nicaragua del 3.1 al 12. Sin ignorar las elementales necesidades de defensa nacional, es imperativo iniciar ya el largo proceso de reconstrucción, revirtiendo en favor del bienestar social la asignación de escasas disponibilidades financieras.

La reactivación de la economía centroamericana depende de la pacificación efectiva de la zona. Los recursos y los hombres que podrían ayudar a vencer el hambre, la falta de viviendas, la carencia de escuelas y hospitales, se han ocupado en la guerra. ¿Alguien piensa que este proceso ha consolidado la seguridad de los Estados centroamericanos? ¿Puede sostenerse de buena fe que en América Central no ha sufrido el desarrollo por alimentar la pavorosa máquina bélica?

A quienes afirman que el desarme es también un proceso costoso, les decimos que, en todo caso, el costo de la paz es siempre menor que el de la guerra. Los integrantes del Grupo de Contadora y del Grupo de Apoyo sabemos que no es ilusorio procurar que los recursos liberados del desarme se destinen al bienestar de los pueblos.

Los gobiernos centroamericanos han manifestado recientemente su voluntad de resolver las diferencias que

los oponen, por medio del diálogo y la negociación. El acuerdo del 7 de agosto último de los presidentes de Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua, puede ser la base fundamental para el establecimiento de una paz firme y duradera en Centroamérica. El restablecimiento del orden jurídico en la región se vería complementado con acuerdos capaces de garantizar la seguridad y los legítimos intereses de todos los Estados, y la creación de un clima de confianza que propicie la estabilidad política y la cooperación.

Al demostrar que América Latina tiene la madurez necesaria para resolver sus problemas, los gobiernos centroamericanos expresaron su rechazo a la violencia y a las soluciones de fuerza. Ahora es responsabilidad ineludible de la comunidad internacional respaldar todos los esfuerzos que sean necesarios para facilitar el cumplimiento de los compromisos acordados por los cinco países centroamericanos. Después de más de cuatro años de participar en una iniciativa latinoamericana sin precedentes, México seguirá comprometido con la pacificación de Centroamérica y brindará sin reservas el aporte que se ha solicitado a los Grupos de Contadora y Apoyo.

Señor presidente:

Esperamos firmemente que el programa de acción que surja de la Conferencia oriente la labor futura de nuestra Organización. El camino no es fácil; sin embargo, con

voluntad política y con auténtica convicción lograremos las metas fijadas.

Las Naciones Unidas declararon que la actual es la segunda década sobre el desarme y la tercera dedicada al desarrollo. Pecaríamos de optimismo si pensáramos que nuestras metas se alcanzarán en el curso de los próximos tres años. Pero, a pesar de las dificultades, no debemos aminorar los esfuerzos que nos acerquen a los objetivos deseados.

Es verdad que, en los últimos años, se han presentado ante ese foro diversas propuestas encaminadas a revertir la carrera armamentista y a canalizar recursos para el desarrollo económico y social. Al analizar con atención dichas iniciativas, resulta deseable que las Naciones Unidas lleven a cabo un nuevo esfuerzo que contemple medidas prácticas y realistas para reordenar la asignación de los recursos limitados conforme a las prioridades de bienestar que reclama la humanidad.

Lograr el desarme y avanzar hacia el desarrollo es una empresa que a todos concierne, porque satisface un legítimo interés nacional y un necesario interés colectivo. En dicha tarea es fundamental la acción de los organismos multilaterales. Confiamos en que así se consolidarán las bases para una paz y seguridad internacionales que en verdad sean duraderas.

Muchas gracias.

Naciones Unidas, N.Y., 24 de agosto de 1987.